

## MUERTE EN EL PARAÍSO \*

RUANDA: DEMOCRACIA REPRIMIDA,  
NO UNA GUERRA TRIBAL

**Ryszard Kapuscinski**

¿Qué pasa en Ruanda? ¿Qué significan las matanzas a gran escala, las luchas por el poder y la acción de la buena conciencia occidental? La realidad africana —dice Kapuscinski— está fuertemente imbricada con la historia reciente de Europa y sus explosivos políticos.

**H**ace más de treinta años que se inició una guerra civil en esta región de los grandes lagos del África negra. Desde 1959, Ruanda y Burundi han sufrido ya cinco o seis masacres. En 1965 hubo una terrible masacre, otra en 1973, y otra, más tarde, en 1990. Las proporciones de la matanza de 1994 son extraordinarias. Pero no sorprendentes. Sin embargo, la prensa internacional trató la masacre de 1994 como una gran conmoción, como un trauma, como si fuera la primera noticia que se tiene de este conflicto y de que provoca muertes.

---

RYSZARD KAPUSCINSKI. Escritor y periodista polaco. Vive en Varsovia y África. Autor, entre otros libros, de *Imperium* (Francfort/M: Eichborn, 1993), *König der Könige* (Francfort/M: Eichborn, 1994) y de numerosas crónicas africanas.

\* *Massaker in Paradise*, basado en una conversación del editor alemán Frank Berberich con Ryszard Kapuscinski. Publicado originalmente en *Lettre International*, N° 27 (diciembre 1994), Berlín. Aquí se reproduce, con la debida autorización, el texto completo traducido del alemán. (Una traducción extractada de esta crónica apareció primeramente en *Letra Internacional*, N° 35, y después en *Nexos*, julio 1995, México.)

### Los medios de comunicación internacionales y sus ideas estereotipadas

La mayoría de los periodistas que escriben sobre este conflicto lo hacen sin tomar en cuenta la historia de los sucesos. En los últimos 20 a 30 años ha habido una expansión enorme y cambios profundos en el mundo de los medios de comunicación internacionales, en especial en el ámbito de la televisión. En los equipos de televisión de hoy apenas encontramos periodistas, la mayoría son técnicos en sonido y camarógrafos. Si se les pregunta “¿Qué hacen ustedes aquí, qué están filmando?”, ellos responden: “No lo sé, no me interesa. Mi trabajo es filmar esto y enviárselo a mi jefe, es asunto suyo qué hará con el material.”

Nuevos intereses comerciales y profesionales provocan esta situación. Hay un sinnúmero de novatos en el periodismo profesional. Personas encandiladas con la idea de trabajar en estos medios, de un día para otro comienzan a desempeñarse en televisión sin haberse preparado, sin base alguna, lo cual significa un quiebre total con la tradición. En el pasado, cuando se nos enviaba a un país como corresponsal de *Le Monde* o de *Washington Post*, uno tenía que prepararse intensamente, pero eso ya no ocurre ahora. Eso corresponde al pasado. Los periodistas novatos de hoy no tienen idea de dónde están ubicados culturalmente, trabajan sin conocimientos del trasfondo histórico. Llegan a Ruanda y se sorprenden; si conocieran un poco de Ruanda no deberían estar sorprendidos. Porque esta guerra fue cuidadosamente preparada desde hace mucho tiempo en el sentido técnico e ideológico. Había un plan detrás.

Otro problema radica en el hecho de que en los últimos años los medios de comunicación internacionales que operan a nivel global han pasado a crear cada vez más su realidad propia, encapsulada. Se guían no tanto por las realidades de los sucesos mundiales, sino más bien por la competencia entre ellos. Se trata de no cederle terreno a la competencia, de modo que todos se mueven como en tropel: todos los medios de comunicación de cobertura mundial informan sobre el Golfo Pérsico, luego todos cambian al golpe de Estado en Moscú, para luego arrojarse todos encima de Ruanda y mañana todos caerán sobre Camboya.

Poco se preocupan de lo que está ocurriendo al mismo tiempo en otra parte, aunque se trate de acontecimientos significativos; así por ejemplo, la crisis en Nigeria, que con 90 millones de habitantes es el Estado africano más grande, no interesa, ya que todos están en Ruanda. Los medios de la prensa también caen en este ambiente de competencia. Los especialistas parecieran haberse extinguido. Se envían periodistas sin experiencia al mundo, lo cual se traduce en informes superficiales, desorientadores, imágenes erradas, de proporciones distorsionadas.

Ruanda es un pequeño país de 26 mil kilómetros cuadrados de extensión y aproximadamente siete millones y medio de habitantes: menos del 1% de la población total africana. A través de la prensa, sin embargo, tenemos la impresión de que todo África estuviera presidida por la masacre, el asesinato y los refugiados. En Ruanda ha ocurrido una matanza espantosa, pero eso sucedió en un lugar muy concreto del continente. La impresión de “¡así es África, así son los africanos!” es totalmente errónea.

Por lo demás, se presenta un conflicto enteramente político como si tuviese carácter étnico, lo que revela una actitud poco menos que racista. Como si quisieran trasladar a lo que fue la etnografía y las ciencias sociales de fines del siglo XIX, como si se pudiera borrar cien años de evolución científica. Uno queda con la impresión de que los “estúpidos” y “necios” africanos fueran incapaces de solucionar un conflicto político, como si en esta parte del mundo sólo fuera posible asistir a enfrentamientos tribales. Aquí opera de un modo inconsciente la noción de que África es incapaz de crear ideas o de solventar los modernos conflictos políticos que se derivan de la dicotomía opresión-democracia. Sólo quedan desnudos miembros de tribus llenos de odio que se matan entre sí, ¡y nadie habla de las causas!

La guerra de Ruanda no es una guerra tribal. Se trata, fundamentalmente, de un conflicto político con ciertos matices étnicos. Se trata de un conflicto característico del mundo moderno, de la lucha entre dictadura y democracia.

### **Ruanda: Trasfondo colonial**

El régimen que había detentado el poder en Ruanda era, esencialmente, resultado de la época colonial. Es preciso tener en cuenta la situación geoestratégica de Ruanda para entenderlo. Ruanda linda con Zaire, el antiguo Congo Belga, el país más extenso del África tropical, y Zaire es extremadamente rico en materias primas y recursos propios.

La situación histórica es la siguiente: en el año 1960 se independizaron 17 Estados africanos, 13 de habla francesa y 4 de habla inglesa. La mitad del continente se descolonizó y el año 1960 quedaría registrado en la historia como el “año de África”. Fue la época del giro histórico decisivo en África, un tiempo lleno de agitación.

El Congo Belga, que después se llamó Zaire, era una zona oculta para el mundo. Como periodista en aquel entonces se podía viajar sin problemas a Bélgica, pero no así al Congo Belga, excepto con una visa

especial. Los colonialistas belgas tenían un concepto muy paternalista y de miras estrechas respecto de los africanos. Cuando los belgas le concedieron la independencia al Congo, no había ni un solo oficial nativo. El africano con el más alto grado de servicio fue Mobutu, como sargento; los africanos no podían ascender a grados más altos en el ejército. Los congoleños tenían prohibido visitar Europa. A una primera delegación de africanos les fue permitido ir a Bélgica sólo poco antes de la independencia. Por consiguiente, tenían escasos conocimientos acerca de Europa y su desarrollo. Estaban condenados al aislamiento del mundo.

Bélgica no tenía contingentes de tropas en el Congo, pero sí una estructura de mando militar, oficiales que instruían y comandaban soldados africanos para las “Forces Publiques” paramilitares. En aquel entonces vivían 20.000 a 30.000 belgas en el Congo, particularmente civiles con intereses económicos. No se necesitaban más para administrar esta colonia, ya que el Congo, pese a su gran extensión, tenía una población relativamente pequeña y vastas regiones despobladas.

El poderoso movimiento independentista africano sorprendió por completo a la cúpula colonial del Congo. Los ingleses y los franceses llevaban mucho tiempo preparando el traspaso de sus colonias a los africanos, bien por vía constitucional, como en el caso de las colonias británicas, o bien mediante referendos, como en las antiguas colonias francesas (con la excepción de Argelia). Los belgas se sentían muy seguros y su primera reacción fue un sentimiento de afrenta emocional. Pero tuvieron que ceder a la presión de la evolución internacional. Se rigieron por la decisión del presidente francés, De Gaulle, y concedieron la independencia a las colonias.

En el último momento, sin preparativos ni consultas, decidieron entregar el poder a los africanos y convocar a elecciones. Todo ello ocurrió en un lapso de seis meses. En ese tiempo se fundaron más de cien partidos africanos, todos los cuales participaron en las elecciones. Se trataba de una comedia. Al principio, los belgas estaban convencidos de que los africanos acabarían reconociendo que eran incapaces de gobernarse y esperaban que se les invitase a regresar.

Patrice Lumumba, un joven y entusiasta luchador por la independencia y líder del principal partido, el Movimiento Nacional Congoleño, fue elegido primer ministro con toda legalidad. Lumumba desplegó toda la retórica antiimperialista y anticolonialista de la época y sus primeros discursos ante el parlamento aterrorizaron al mundo occidental. Tras la declaración de independencia del Congo, el 30 de junio de 1960, las unidades especiales, “Forces Publiques”, se alzaron contra él. Lumumba solicitó ayuda internacional, los rusos reaccionaron de inmediato y enviaron a va-

rios centenares de supuestos asesores —no tropas— a la capital, Leopoldville (la actual Kinshasa). Occidente creyó que los rusos pensaban invadir África. Simultáneamente ocurrió la intervención de las Naciones Unidas, también a instancias de Lumumba. El secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, fue asesinado y las circunstancias de su muerte aún no han sido aclaradas.

El África independiente constituía un fenómeno enteramente nuevo. No había pasado mucho tiempo desde la muerte de Stalin, y el poder de Khrushchev no se había estabilizado todavía, cuando África se convirtió de pronto en el centro de la guerra fría. Suena ridículo, pero existía el peligro de que en Zaire pudiera estallar la tercera guerra mundial. En ese ambiente de alta tensión política comenzó una lucha de poder internacional en Leopoldville. Se desató un caos. Katanga, la región de mayor importancia económica del Congo por sus minas de cobre y otros minerales, declaró su secesión proclamando un Estado propio con Tshombe como presidente; en realidad, era un reino de la Union Minière, la empresa minera belga más grande. Kasai, una región muy rica por sus yacimientos de diamantes, también declaró su independencia. Sin estas dos regiones más importantes del país, Zaire no era más que jungla.

Lumumba no llegó a ejercer el poder. No tardó en ser apresado por tropas de Tshombe y el parlamento fue arrasado: nadie podía escucharle. No había gobierno ni autoridad. Lo torturaron y poco después lo mataron por indicación de los belgas. Los supervivientes del gobierno de Lumumba pudieron huir, encabezados por Gizenga, partidario del desaparecido líder, a Stanleyville (la actual Kizangani), en el Congo Ecuatorial —la mayor provincia oriental—, y se declararon único gobierno legítimo. Los rusos, como también los egipcios y otros representantes de la izquierda del tercer mundo trataron de establecerse en Stanleyville. A éstos se opuso el gobierno nombrado por Kasavubu, cabecilla de la tribu tradicionalmente dominante de los bakongo, quien se proclamó presidente. En medio de esta gran confusión comenzó la guerra civil.

En el transcurso del verano y el otoño, la población civil belga abandonó en masa el país. Huyeron en camiones y coches en todas direcciones, presas del pavor y en medio de la más completa confusión. Era un pánico injustificado, pues los civiles belgas no estaban amenazados; se trataba únicamente de una psicosis derivada de la mala conciencia del colono que se imagina torturado, violado y asesinado por los negros.

De esta forma se derrumbaron las estructuras básicas de la colonia belga.

### Belgas, tutsis, hutus

Una parte de los belgas pensó en ese momento retirarse a los territorios bajo mandato belga, a Ruanda y Burundi, aún bajo su administración desde hacía 50 años; eran territorios relativamente tranquilos. Allí esperarían a que se normalizara la situación en Zaire, para luego regresar. En aquel entonces, en 1960, yo me encontraba encarcelado en la pequeña localidad de Usambara, en Burundi, y conocí un pueblo lleno de belgas, burócratas, doctores, dueños de fábricas, propietarios de cervecerías, todos provenientes de Zaire.

En Ruanda y Burundi la situación era igualmente complicada, ya que allí también se clamaba por la independencia. Había que asimilar esas circunstancias. Ambos Estados tenían la misma estructura social: los tutsis representaban la casta dominante. Es cierto que ellos estaban estratificados a su vez: había el rey, la aristocracia, tutsis pobres y las capas sociales más diversas.

Los hutus, en cambio, eran campesinos subordinados. Esta estratificación se remonta históricamente a 400 años atrás y posiblemente hasta el siglo XI. Los europeos habían penetrado muy tarde en esta región: los alemanes llegaron hacia fines del siglo XIX y la colonialización prácticamente empezó recién en los albores del siglo XX. Los alemanes y los belgas no tenían experiencia ninguna en el dominio colonial en África. Siguieron así el modelo británico del *indirect rule*, un mando indirecto que significaba gobernar las colonias con ayuda de las estructuras y castas tradicionalmente imperantes. En el caso de Ruanda y Burundi, éstas eran sendos reinos de los tutsis.

Los belgas aplicaron políticas diversas en cada caso. En Burundi, los cabecillas tutsis siguieron controlando la situación, pues contaban con un ejército fuerte hasta 1993, cuando se eligió, en las primeras elecciones libres de la historia de Burundi, a un hutu como presidente. En Ruanda la evolución fue otra. Los tutsis, gobernados por su rey, Charles Mutara Rudahigwa, eran muy poderosos. Muchos de ellos, personas muy preparadas (algunos habían estudiado en París), aspiraban a la independencia. Los belgas no les creyeron capaces de gobernar Ruanda por mucho tiempo. De forma que apoyaron a los hutus en su intento por ocupar puestos relevantes en el mando. Los tutsis se opusieron. Estalló la primera guerra civil. Los hutus se rebelaron contra los tutsis, asesinaron al rey y tomaron el poder, dirigidos por Grégoire Kayimundo; los hutus gobernaron el país, pero entre sus propias filas hubo terribles enfrentamientos.

Ruanda es un país montañoso. En cada valle, en cada colina, vive un clan distinto. Los hutus del noroeste eran más ricos, los del sureste proce-

dían de la región más pobre del país. Al igual que ocurre hoy en Somalia, varios clanes luchaban por el poder. Kayibanda era de los hutus del sur. En 1973, el ministro de defensa Juvénal Habyarimana encabezó un golpe de Estado en contra de Kayibanda. La victoria de Habyarimana y su clan hizo que el poder pasara a manos de un hutu del norte.

A finales de los años sesenta, comienzos de los setenta, se dieron en África de cinco a siete golpes de Estado. Esta generación de políticos —casi todos intelectuales formados en Europa que tomaban posesión de sus cargos tras abandonarlos las potencias coloniales— entró en crisis. Entre tanto, se fue creando un contingente de dirigentes más jóvenes, locales, con formación militar. En la clase política africana se había extendido ya la corrupción y, bajo la bandera de la lucha contra la corrupción, los militares accedieron al poder en prácticamente todo el continente —Zambia, Tanzania y Costa de Marfil constituyen las escasas excepciones—. En este proceso de militarización de la vida política se encontraba también Ruanda. Cuando Habyarimana fue elegido presidente en 1973 era muy joven, tenía sólo treintaicinco años. Instauró un régimen dictatorial, un dominio de clan. Se mantuvo en el mando durante veinte años, convirtiéndose así en el presidente africano que detentó el cargo durante más tiempo.

### **Amin, Bokassa, Habyarimana**

Ruanda es una provincia remota. Sólo pocos extranjeros solían llegar hasta ella. Entonces nadie se interesaba realmente por países tan alejados. Los dictadores de esta región aprovechaban el aislamiento como escudo, ejerciendo así en sus países el típico dominio caciquil. Como Milton Obote o Idi Amin en Uganda, como Bokassa en África Central. Habyarimana se mostraba más inteligente que éstos. Amin y Bokassa eran una especie de sanguinarios personajes de *comic* que servían de entretenimiento. Los periodistas iban con gusto a esos países porque significaba divertirse bastante. El satírico semanario inglés *Punch* incluso había introducido una columna permanente sobre Amin. Éste tenía dificultades para expresarse; sabía cuatro idiomas, pero no hablaba bien ninguno. Hablaba su lengua tribal, pero muy mal, ya que se le había olvidado; hablaba un poco de kisuaheli, que había aprendido en el ejército; hablaba baganda, pero solamente una especie de baganda de la calle, y hablaba un simulacro de inglés, ya que había sido oficial de ejército británico en Uganda. No dominaba realmente ningún idioma. En 1973 tuvo lugar una conferencia de jefes de Estado en Argel, sobre la cual yo debía informar. Amin hizo un discurso, no llevaba manus-

crítico, ya que no sabía leer. De modo que habló en forma libre. Luego le pedí a una secretaria que me facilitara el discurso para enviárselo a mi agencia de noticias. Me pasó una especie de notas e intentamos desesperadamente entender lo que había dicho; era un balbuceo increíble que no tenía ningún sentido. La prensa occidental de aquel tiempo tenía una gran afición por este tipo de jefes de Estado, porque constituían la prueba viviente de la estupidez e idiotez de los africanos. Habyarimana era distinto, tranquilo y reposado; se presentaba como un militar serio y no hacía declaraciones escandalosas. Por eso a nadie se le ocurrió pensar que encarcelaba gente, que la torturaba y la mandaba asesinar, y él evitaba cuidadosamente que se supiera. Nadie tenía realmente idea de lo que ocurría en Ruanda, excepto un par de extranjeros en viajes de negocios que aparecían regularmente por ahí, algunos propietarios extranjeros de plantaciones y los misioneros.

Ruanda representa el gran fracaso del proyecto misionero cristiano en África. Fue el país con mayor presencia misionera de todo el mundo, prácticamente no entonces yo trabajaba en el frente y había un pueblo sin iglesia, en todas partes uno se topaba con evangelizadores; supongo que tendrá algo que ver con el magnífico clima de Ruanda... Y, sin embargo, en ese país estalló esta orgía de odio salvaje, brutal.

En Ruanda vivían algunos hombres blancos que se habían radicado allí para disfrutar del país por el resto de sus días. Una mañana desperté en una de esas plantaciones —entonces yo trabajaba en el frente y había dormido en una villa “reclamada”, perteneciente a un miembro del gobierno—, me acerqué al porche, contemplé esa Ruanda increíblemente bella y pensé: ¡Esto es el paraíso! Este clima maravilloso, esta Ruanda verde, repleta de árboles, flores, riachuelos, lagos, pequeñas cascadas, cómodas carreteras. Un ensueño...

### El clan presidencial

En África, el poder, aunque sea a escala reducida, significa *por definición* riqueza material. Cuando un africano decide ser ministro, su móvil es enriquecerse. Esto resulta allí completamente natural. El clan de Habyarimana estaba hambriento de poder, era cruel y totalmente corrupto.

El presidente era su emblema, el *showman*. Pero quien gobernaba era su esposa, Ágata. Ella fue la organizadora de esta matanza masiva.

Ágata Habyarimana no detentaba oficialmente ningún cargo político, pero aparecía como la líder visible y reconocida del clan. Era una excelente política y controlaba también las conexiones internacionales del país. Ágata



urdía las intrigas y organizaba la corrupción. Sus hermanos, hermanas y primos utilizaban su situación como esposa del presidente para acceder a importantes funciones desde el punto de vista económico. En Kigali había un solo hotel... que pertenecía a su hermano. El clan era increíblemente rico. Poseía plantaciones, fábricas, bancos, fincas enormes, dominaba la industria del oro. Todo estaba bajo su control. Y llevaban una vida magnífica.

Aunque esa corrupción no es nada comparada con las sumas que se manejan en los países occidentales, en el contexto de las sociedades pobres africanas se trata de fortunas nada despreciables.

Aprovecharon las extensas ramificaciones del clan para conceder a los parientes toda clase de cargos y poderes: el mando militar, la policía, la propaganda, la administración. Así pudieron gobernar el país entero. Sobre todo durante los últimos años del gobierno de Habyarimana, esa estructura de clan familiar medieval equivalía prácticamente a la de una dinastía bizantina y constituía la base gubernamental.

Teniendo presente esto, se advierte el escandaloso absurdo de aquella prensa que no dejaba de escribir que los hutus mataban a los tutsis. No se trataba de una lucha entre los hutus y los tutsis; ese lenguaje etnizante induce a error. Los hutus de la oposición fueron precisamente los que más sufrieron, los más perseguidos y maltratados. Ellos conformaron la oposición más importante a la dictadura de Habyarimana. Tomemos sólo cifras estadísticas: la población de Ruanda asciende a unos 7,5 millones de habitantes según los datos de la ONU. El hecho de ser tutsi o hutu se registraba en el pasaporte. La población tutsi, según estos datos, ascendía al 15%, o sea a cerca de 1.100.000 habitantes. Sin embargo, a lo largo de las diferentes fases de la guerra civil, que duró treinta años, según datos oficiales de las Naciones Unidas, cerca de 800.000 ya se habían refugiado en otros países. Si nos atenemos a las cifras, en teoría, la mayor parte de la población tutsi de Ruanda se encontraba ya en el extranjero. Pero se dice que durante la masacre fueron muertos 500.000 tutsis. La afirmación de que un ejército tutsi habría tomado posesión del país es, igualmente, una completa tontería. Hay una confusión total; las cifras se barajan. Ante un suceso tal en un país subdesarrollado, empobrecido, ¿es posible calcular, verdaderamente, cuántas personas han muerto?

Un amigo mío, Nicholas Gordon, descubrió quién mandó asesinar a Dian Fossey. Dian Fossey fue una bióloga americana que había vivido durante quince años con los gorilas y escribió un libro sobre el tema, que se hizo famoso, *Gorilas en la niebla*. Había intentado organizar un programa de ayuda política internacional para la supervivencia de estos primates de las montañas. En varias oportunidades, durante sus indagaciones, Gordon pudo escapar a duras penas de la muerte. El clan presidencial quería vender

los gorilas en el mercado negro a zoológicos occidentales, puesto que existe una gran demanda. Fossey se oponía. El clan presidencial mandó asesinarla. La embajada americana en Kigali rechazó investigar el caso porque no deseaba poner en peligro las buenas relaciones con la familia presidencial. Se decidió olvidar el episodio. Ella había vivido allí quince años, pero el gobierno le iba otorgando visas por sólo tres meses. Poco antes de su muerte el intendente de policía la citó y le otorgó una visa por tres años...

Gracias a sus métodos dictatoriales, el clan Habyarimana logró mantenerse en el mando durante veinte años. Sin embargo, desde hacía algún tiempo persistía un serio problema. Durante el ascenso de Kayibanda al poder las clases dirigentes tutsis habían sido masacradas. A algunos los mataron, otros huyeron. Posteriormente, cada vez que surgía un movimiento de resistencia, se organizaba a continuación una nueva matanza de los miembros de la oposición y otro nuevo grupo se veía obligado a emigrar. De este modo fue formándose lentamente en los Estados vecinos —Zaire, Burundi, Uganda y Tanzania— un cerco de importantes colonias de emigrantes. Estos fugitivos apelaron una y otra vez a la comunidad internacional y a las Naciones Unidas para que les ayudasen a regresar. Sus llamadas no tuvieron el menor efecto. Así vivieron durante diez, veinte años en campos de refugiados.

En 1981, Museveni organizó en la vecina Uganda un movimiento guerrillero democrático contra el régimen corrupto y represivo del segundo mandato de Milton Obote. Algunos miembros de las generaciones más jóvenes de refugiados ruandeses se incorporaron a esa guerrilla. Lograron derrocar a Obote, que fue sustituido por Okello, pero la corrupción no fue menor. Los enfrentamientos duraron cinco años y los refugiados se convirtieron en soldados profesionales, oficiales del ejército, que luego ocuparon cargos dirigentes y desempeñaron un papel decisivo en la lucha por la liberación de la capital, Kampala. Museveni accedió a la presidencia de Uganda. Pero muchos de esos refugiados seguían pensando en regresar a Ruanda.

La lucha por la liberación comenzó así fuera de Ruanda, pues en el propio país la policía y su red de espías lo habrían hecho imposible. En el mismo seno del aparato gubernamental de Museveni se creó una organización política y militar, el Frente Patriótico Ruandés (FPR). Paul Kagame, comandante militar del FPR, dirigía el servicio secreto militar del ejército de Museveni tras haberse preparado en una academia militar americana. En ningún documento del anterior gobierno ruandés hay la menor referencia a la injerencia de Museveni o de Uganda en la política del país. Museveni actuó con gran cautela, no quería verse involucrado en este conflicto, al

menos oficialmente. La guerrilla procedía de Uganda, ¿de dónde si no? Habyarimana ejercía un control absoluto sobre más de 40 mil personas. Para derrocarlo era necesario crear un gran ejército, de otro modo no habría la menor posibilidad.

En octubre de 1990, en la pacífica frontera norte, comenzó la lucha armada. El régimen ruandés no se lo esperaba y el ejército liberador logró abrirse paso rápidamente por las excelentes carreteras hacia Kigali, que sólo se encuentra a 160 kilómetros de la frontera. Habyarimana fue presa del pánico, pues estaba claro que le derrocarían. Llamó en su ayuda a los franceses, que llevaban ya tiempo esperando que lo hiciera. Tenían bases militares en Zaire, junto a la frontera ruandesa, y necesitaban una demanda oficial de auxilio para inmiscuirse, pues de otro modo se les podría acusar de intervención.

### **Tradiciones francesas**

Entre los británicos, portugueses y franceses hay conceptos muy diversos acerca del dominio colonial. Portugal dejó de ser por completo una metrópoli ultramarina. Gran Bretaña como país ha puesto un verdadero punto final a su pasado colonialista, si bien a través de empresas y sociedades comerciales busca salvaguardar sus intereses. Francia actúa de modo muy distinto: nunca ha revisado realmente su historia colonialista. A través de los referendos de los años sesenta, el Estado francés transformó a sus colonias en una "Communauté Française". La unidad con la madre patria francesa ya no se establece por la política sino por la francofonía. De este modo se proyectó al presente para perpetuar el pasado sobre la base de una cultura en común. Consecuente con ello, los aparatos del poder colonial nunca fueron abandonados por completo, ni a nivel personal, ni mental, ni burocrático. En el París de hoy siguen existiendo las antiguas instituciones administrativas para África; igualmente, se mantuvieron unidades especiales, como por ejemplo la Legión Extranjera en África. La guerra fría terminó, los rusos y los británicos ya no son rivales, y se sienten allí como únicos gobernadores.

Luego de abandonar los belgas el Congo, sus consorcios querían seguir defendiendo sus intereses: las empresas mineras, líneas aéreas, sociedades comerciales. Pero el Estado belga se retiró. Los franceses han querido llenar en cierto grado este vacío político y fortalecer su presencia. La debilidad del actual primer mandatario de Zaire, Mobutu, favorece esta intención: Mobutu está recibiendo apoyo de Francia por medio del recono-

cimiento internacional y diplomático, así como por la presencia de tropas. En el Estado de Zaire no existe prácticamente un gobierno, una administración. En ese sentido el poder de Mobutu tiene algo de ilusorio. Este gobernante vive en un bote en el Congo; su poder proviene de su guardia personal de dos mil hombres que él paga de su enorme fortuna privada. Con estos soldados gobierna el país, y si en algún lugar estalla una revuelta, ésta es sofocada por su guardia. Por un sinnúmero de rivalidades, la oposición está fraccionada en más de cien partidos.

La principal motivación de Francia para ir a Zaire son las bases militares. Conforme a la mentalidad francesa tradicional, estas bases establecen puntos de unión entre la metrópoli y las posesiones en el Océano Índico: Madagascar, las Comores, las Islas Seychelles, Mauricio; Zaire, Ruanda, Burundi, etc., se encuentran en esta línea imaginaria de unión. Francia ve su dominio en esta región como algo natural y totalmente legítimo. El primer ministro Balladur ha corroborado esta actitud en un discurso reciente: “¡Francia es una gran potencia internacional!”

### **Los preparativos de la masacre**

Al acudir entonces los franceses en ayuda de Habyarimana, el FPR se detuvo a las puertas de Kigali, pues no se sentía a la altura de las tropas francesas. Se replegó y definió una línea de compromiso, una “zona gris”, que separa los territorios liberados y los controlados por el gobierno ruandés. Aquí se fraguó la tragedia a la que ahora asistimos.

Los procesos políticos o históricos inconclusos resultan extremadamente peligrosos. Las situaciones más terribles se originan en revoluciones detenidas, guerras civiles inconclusas o bloqueos históricos. Pues las fuerzas en el poder se sienten amenazadas y se ven obligadas a reaccionar. Están amenazadas, pero no han sido vencidas. Ésa es la peor situación que cabe imaginar, una ley histórica general que Ruanda no ha hecho sino corroborar innumerables veces. El clan dominante se sintió amenazado, pero aún detentaba el poder. Y en el seno de este mismo grupo había —como ocurre tantas veces en la política— dos ramas distintas. Una vez que el FPR se hizo con el 30% del país, surgió un grupo muy reducido que decidió colaborar con el ejército de liberación. Los miembros más radicales del gobierno rechazaron de plano las negociaciones.

Pero, después de treinta meses de guerra, y presionados por la comunidad internacional, ambas facciones se reunieron en Arusha, un pequeño pueblo junto al lago Victoria, en Tanzania, y llegaron a un acuerdo: debía

formarse un nuevo gobierno de transición en favor de la unidad nacional, en el que participarían ambas facciones, adjudicándose cuatro carteras ministeriales al FPR. En un plazo de dos años se convocaría a elecciones, de las que surgiría un gobierno democrático —el presidente Habyarimana no había sido elegido—. Sobre la base de este acuerdo y compromiso el nuevo gobierno se puso manos a la obra.

En ese momento comenzó a fraguarse, con criterios poco menos que científicos, la gran masacre.

En primer lugar se amplió el ejército. En dos años creció de cinco mil hombres a treinta mil, es decir, el 600%. ¿Cómo se logró hacerlo? Los soldados eran adiestrados por instructores franceses. Éstos no sólo prepararon al ejército, sino a dos unidades más, de características pavorosas: la “guardia presidencial”, un grupo especial reclutado entre el clan de Habyarimana en el norte de Ruanda, y otro con visos aún más evidentes de intenciones terroristas, el llamado “Red-Cero”, una especie de escuadrón de la muerte. Dos facciones políticas apoyaban al presidente y defendían posturas racistas. El partido que hizo más hincapié en el racismo fue el CDR, el Centro para la Defensa de la Revolución. Puesto que la radio era la única fuente de información para la gran mayoría de la población, se creó una emisora de amplio alcance, la Radio des Mille Collines —a Ruanda lo llamaban el “país de las mil colinas”—. Esta nueva emisora fue la que más tarde dio la orden de masacrar a niños y a mujeres, a familias enteras.

Los preparativos de la masacre se realizaron en secreto. El ejército fue ampliado y había razones que lo legitimaban. Ya que había tropas foráneas en su territorio, se debía reforzar el ejército propio; era preciso despertar el espíritu de resistencia de la población, de modo que se necesitaba una emisora de radio. En tiempos de paz la radio nunca había llamado a la matanza de los tutsis. Francia hizo todo lo posible para mantener al régimen en pie, salvo por un par de medidas. Y eso en forma oficial. Pasar en unos pocos años de cinco mil hombres a treinta mil constituye, ya sólo en sus aspectos técnicos, un problema muy complejo: hace falta mucho dinero, hay que organizar el envío de aviones, tanques, medios de transporte. Para cualquiera que conozca el país, el papel que desempeñó Francia resulta evidente.

En la cuestión colonial siempre nos enfrentamos a las dos caras del poder colonial: democracia hacia dentro y dictadura hacia fuera. Y siempre se encuentran dos tipos de política, e incluso dos tipos divididos de burocracia. La Oficina de Política Colonial de París está dirigida hoy en gran medida por especialistas de la época colonial que siguen defendiendo sus viejos intereses.

### Ayuda para el desarrollo y diplomacia

Ruanda fue objeto privilegiado de la ayuda alemana, belga y francesa para el desarrollo. Sin embargo, es sorprendente el bajo nivel educacional en el país. Al viajar en auto de Kampala a Kigali, uno se percata de que por el lado de Uganda casi todos hablan inglés de una u otra forma. Una vez atravesada la frontera, por el lado de Ruanda casi nadie habla francés, a pesar de haber sido territorio bajo mandato francófono.

Nadie podía controlar realmente qué uso se daba a los recursos de la ayuda para el desarrollo. Si un representante de la embajada alemana en Kigali le hubiera preguntado al presidente de la República acerca del destino de la ayuda alemana para el desarrollo, habría tenido que abandonar el país dentro de veinticuatro horas. Es preciso conocer cómo se distribuyen esos recursos. En primer lugar la ayuda le llega al presidente —no hay otros receptores— y éste, entonces, reparte el 80% entre su familia y el 20% restante es para el desarrollo. Ese 20% tampoco va en beneficio de la población, sino que se usa para cosas que a él le parecen importantes: caminos, puentes, infraestructura. Si el embajador alemán fuera donde el presidente y le dijera: “Nosotros preferiríamos invertir nuestros recursos en escuelas”, éste sería declarado persona no grata. Los países dadores dejan pasar este tipo de trato porque desean por todos los medios mantener allí un pie. Estos son remanentes de la guerra fría, cuando los americanos se enfrentaban a los rusos, Occidente a Oriente. Ambos frentes deseaban permanecer y los jefes de Estado africanos se han aprovechado de ello. Ahora la guerra fría llegó a su término pero los países occidentales comienzan a competir entre ellos por ganar influencia; sobre todo sus empresas, como casas comerciales, compañías de transporte terrestre y aéreo, fabricantes de zapatos para niños —que en parte son empresas que llevan siglos comerciando con África—, buscan proteger sus intereses.

Cuando Idi Amin era presidente, la principal ayuda a su sangriento régimen provenía de la Unión Soviética. Una tarde el embajador ruso, medio ebrio, en una recepción dijo algo desfavorable sobre Amin. Éste lo hizo llamar en la noche y le dijo: “Usted tomará el primer avión, si no lo hace, no podré garantizar su vida”, y el embajador ruso tomó el próximo avión porque sabía que no era broma, que sería asesinado. Estos países son regiones apartadas del mundo, ¿quién podría encontrar a un embajador desaparecido? ¿Quién reclamaría por que ya no estuviera con vida? Nadie encontraría siquiera sus restos. El embajador francés en Kinshasa, Zaire, también fue fusilado. En estos lugares realmente peligrosos uno debe comportarse con extrema cautela. Quien no conoce las reglas del juego, corre

peligro. Los diplomáticos, por lo general, conocen estas reglas; a pesar de ello, siempre deben morir algunos.

Inmediatamente después de haber comenzado la masacre murieron algunos belgas; una movida astuta. Por lo general no se mata a los blancos; en especial los militares africanos no suelen hacer esto. En cuanto ocurrió la caída del avión, sin embargo, luego que el clan presidencial diera la señal para la masacre, fueron fusilados diez paracaidistas belgas de la escolta de la primera ministra Uwilingiyimana. La primera ministra también fue asesinada. Los autores del crimen fueron cínicos pero astutos. Cuando la noticia sobre el asesinato de los jóvenes soldados belgas llegó a Bélgica, ésta fue la primera reacción de la opinión pública en Bélgica: “Fuera de Ruanda!”, lo antes posible. El ministro de relaciones exteriores consultó al parlamento qué se debía hacer. El parlamento se pronunció a favor de retirarse lo más pronto posible. En tanto, no murió ni un solo francés. Se calculó bien y se les dio una señal a los belgas.

### **Mujeres, familias, clanes, tribus**

Las mujeres desempeñan tradicionalmente un papel muy importante en África. Su fuerza deriva de varias fuentes. La mujer africana trabaja el campo, cultiva el grano y los frutales, produce alimentos. Y trae niños al mundo. Los niños son importantes porque trabajan. Los niños acarrear el agua, cuidan del ganado, llevan los productos al mercado; a partir del tercer o cuarto año de vida participan en las tareas domésticas. Cuantos más hijos se tengan, más fácil resulta dividir el trabajo. En las sociedades tradicionales africanas el terreno que reciben las familias de la tribu es concordante con el número de hijos. A mayor número de hijas corresponde más tierra para cultivar. Todo este entramado depende fundamentalmente de la mujer africana.

Pero más importante aún es que ella domina el mercado, el principal punto de encuentro de la vida rural. La mujer del mercado africana, la llamada *mama*, es el factor más influyente de la sociedad. Sin su aquiescencia es imposible imponerse políticamente. Cuando las mujeres del mercado de Ghana se pronunciaron contra Nkruma, éste fue derrocado al día siguiente.

Son las mujeres las que mantienen la economía de subsistencia de estos países. Los hombres salen a cazar, beben cerveza, sirven en el ejército, aprenden a matar o son políticos corruptos y, cuando su mujer les atiza, incluso trabajan algo. Naturalmente que se explota a las mujeres, pero este

reparto de papeles también garantiza cierto equilibrio. Cuando una mujer tiene una personalidad fuerte y es ambiciosa, y si además está casada con un presidente, ministro o funcionario, como Ágata Habyarimana, puede llegar a tener un poder enorme.

Hay que distinguir cuatro niveles en la sociedad africana. El primero es el de la familia extensa, a la que pertenecen hasta los parientes más lejanos, una cadena interminable; una familia africana tradicional abarca varios cientos de miembros. En África hay personas que son capaces de recorrer medio continente para visitar a un primo de su primo, y para ellos esto constituye un acontecimiento crucial en sus vidas.

El segundo nivel es el del clan, un grupo de familias unidas por el vínculo de la sangre. El tercer nivel es el de la tribu, que se compone de un grupo de clanes. Su unidad se basa fundamentalmente en el culto a unos antepasados comunes. Cada tribu posee su propia religión con sus dioses, santos, sistemas de creencias. Además, las tribus se diferencian por una cultura común, una lengua común, un territorio común y ocupaciones tradicionales compartidas: pastoreo, agricultura, oficios artesanales, etc. Históricamente, la tribu constituía el nivel común más alto. De la unión federal de dichas tribus surgieron los tradicionales reinos africanos, como el de Zimbabue, Songai, en el Sahara, o Pemba, en Zanzíbar. A esos estratos tradicionales se añade hoy el del Estado moderno, la nación poscolonial, como ocurre en Nigeria, Ruanda o Tanzania.

La sociedad africana es muy compleja, lo que tiene ventajas y desventajas. La complejidad ha garantizado su supervivencia, pues le confiere una gran flexibilidad. La desventaja radica en su carácter estático, que no permite grandes avances sociológicos.

Esas complejas estructuras permiten al africano adaptarse fácilmente, aceptar nuevas funciones y sobrevivir en un mundo tremendamente duro. Si se aniquila a una de las numerosas familias o clanes, quedan otras con vida; si uno emigra, quedan otros. La sociedad africana es como la arcilla, susceptible de adoptar las formas más diversas: siempre sobrevivirá. Se trata de una sociedad estática y al mismo tiempo flexible que, desde luego, no está capacitada para realizar grandes progresos. En Ruanda existe la misma jerarquía de castas desde hace más de 500 años sin cambio alguno.

### **Los clanes y el derrumbe de los Estados nacionales**

En África destacan hoy dos tendencias. Por una parte constatamos la desintegración de los Estados nacionales. Hoy encontramos toda una serie



de Estados sin gobierno: Liberia, Somalia, Chad, Zaire, entre otros. La idea de un Estado nacional pierde peso y aún no se sabe qué sustituirá a estas estructuras políticas en decadencia.

África es inmensa y en ella ocurren simultáneamente procesos muy diversos. Una consecuencia del derrumbe de los Estados nacionales es la restauración de centros tradicionales de intercambio, locales o regionales, en torno a los viejos mercados y centros comerciales, al margen de las fronteras establecidas por los Estados nacionales. Los campesinos que no estén obligados a caminar más de un día para llevar sus productos a estos mercados resultan beneficiados. Pero los que viven apartados quedan excluidos y expuestos a la pobreza. Se trata de un intento muy elemental de encontrar una salida económica y social a la crisis de África.

La segunda tendencia es el protagonismo de los clanes en el gobierno. Gobernar en África significa casi siempre una especie de compromiso entre las diversas tribus, clanes y grupos sociales. Hoy en día, en muchos Estados, son los clanes los que acceden al poder, no las tribus. El dominio del clan señala una importante transformación del sistema político en algunos países africanos y, en general, del espectro político global del continente. Todo esto recuerda al reino otomano poco antes de la primera guerra mundial, donde algunos clanes gobernaron determinados territorios con ayuda de soldados. No había tribus, ni coalición de tribus y tampoco un Estado nacional. Lo mismo ha ocurrido en Ruanda.

### **La caída del avión**

Un asunto enigmático, posiblemente se trató de un atentado. Las investigaciones arrojaron resultados confusos. El avión ya se encontraba cerca de la pista de aterrizaje y un comité de acogida integrado por ministros se había presentado para la recepción. En ese instante se escuchó el estallido de dos cohetes. Dieron exactamente en el blanco y el pequeño avión francés, con tres pilotos franceses y tres representantes del ministerio francés para la cooperación con África a bordo, explotó de inmediato. Hay informaciones contradictorias acerca del lugar desde donde fueron disparados los cohetes. Unos dicen que desde una zona controlada por el FPR (Front Patriotique du Ruanda), otros afirman otra cosa. El aeropuerto se encuentra en una altiplanicie rodeada de arbustos y árboles y el terreno alrededor no ofrece visibilidad. Una interrogante clave es el destino de la "caja negra", que podría aclarar el desenlace. Pareciera que los franceses se la compraron a alguien de la familia presidencial que la había encontra-

do. No se sabe nada acerca del resultado de su evaluación; más importante aún es por qué no hubo una investigación oficial. La prensa francesa guarda silencio al respecto. Se trataba de un avión francés, fueron franceses los que murieron en esa ocasión y es tarea del gobierno francés realizar una investigación, pero no hace nada. Y lo que da que pensar: la eminencia gris para los asuntos africanos en el Palacio Elíseo, François de Groussouvre, se suicidó el 7 de abril, un día después de que el avión fuera derribado.

Inmediatamente después comenzó la masacre. El grupo del presidente volvió del aeropuerto y la Radio des Mille Collines dio las órdenes para la matanza. Sólo se puede deducir, a partir de la estructura general de poder, quién dio la orden: quizás Ágata, sus hermanos, de todos modos personas influyentes de su clan. La organización perfecta comprueba cuán bien estuvo preparado todo. Si uno conoce África sabe que las cosas allí normalmente transcurren en forma no muy organizada. Aquí, sin embargo, se procedió de manera sistemática, casa por casa, iglesia por iglesia, pueblo por pueblo, al estilo nazi. En un país tan pequeño como Ruanda, cada uno conoce las opiniones de los otros. Los africanos son personas abiertas, se juntan en las noches y se habla y discute. Todos escuchan, todos saben todo. Uno sostiene una opinión, el otro defiende otra y cuando se tiene una densa red de informantes, fácilmente se puede identificar qué convicciones políticas sustenta cada cual. Por lo tanto, resulta fácil registrar a las personas con opiniones de oposición.

## Enemigos

No es difícil crear allí imágenes del enemigo. La propaganda trató de presentar a los tutsis, ante la población campesina pobre, como enemigos. Y, naturalmente, la población analfabeta aceptó esos estereotipos de la diferencia tribal, ya que llevan oyendo hablar de ellos treinta años. No hace falta ir al trópico para constatar este fenómeno. Basta recordar a la ex Yugoslavia. Pero el corresponsal tiene que entender que se trata de un conflicto político entre un clan político corrupto y un frente nacional democrata que se esfuerza por crear algo así como una sociedad democrática. Lo que hay en Ruanda es una lucha social. El comunismo ha muerto, el marxismo ha muerto y, curiosamente, de pronto ya no se enfrentan ricos y pobres, ya no hay lucha de clases y por todas partes oímos hablar de conflictos étnicos, ya se trate de Yugoslavia, Ruanda o Camboya. La dimensión de la lucha social ha desaparecido de improviso de las imágenes estereotipadas

de los medios de comunicación. Esto supone una terrible crisis del pensamiento político en general, de repente se olvida todo lo que aprendimos.

Existen además otras confusiones notables. La prensa internacional y también las Naciones Unidas llaman a los que emigraron a Goma “fugitivos”, pero en realidad no son fugitivos, sino evacuados. Fueron evacuados a la fuerza por las unidades militares hutus. Su slogan era “¡Tienen que marcharse de Ruanda, si no lo hacen, los mataremos porque son unos traidores!” Y, así, la gente se marchó a Goma. El asunto de los refugiados es un problema explosivo, con ellos se trasladó todo un ejército de matones profesionales. Es imposible asesinar a medio millón de personas con cuchillos y palos, aunque en algunos casos la mitad del pueblo mató a la otra mitad.

### **La lucha por la tierra**

De la difícil situación que vive la población campesina deriva también su potencial de agresión. No hay tierras fértiles suficientes. Ruanda es un país de una belleza fascinante, pero se trata de una belleza engañadora porque gran parte de la tierra no es muy fructífera. Las montañas son de origen volcánico y la tierra sobre la piedra volcánica no es muy profunda. En Ruanda se ven las regiones más maravillosas, sobre todo en los valles, pero esta tierra no es de campesinos sino que pertenece a las plantaciones, cuyos dueños son grandes empresas. Así, los campesinos están obligados, como en China, a cultivar las laderas de las colinas. Mientras en la China se desarrolló una sofisticada técnica milenaria de cultivo en terrazas, en Ruanda no existe tal cosa. Los torrenciales aguaceros en la estación lluviosa siempre vuelven a inundar los campos de cultivo de los agricultores, arrasándolos hacia las profundidades. La tierra fértil es escasa. Un pueblo típico en Ruanda es pobre, sin agua, sin electricidad, sin alimentos. El clima es favorable pero ya no existen muchos árboles. La madera constituye el combustible más importante para cocinar. De este modo, la gente corta todo: arbustos, árboles, bosques enteros, y África se convierte cada vez más en un extenso desierto. Éste es otro drama del continente.

Ya desde antes se luchaba por las tierras. Los tutsis eran ganaderos y sus rebaños necesitaban de una cierta cantidad de terrenos para pastar; los hutus, en cambio, eran agricultores, y de ello surgió naturalmente un conflicto. La erosión del suelo hace lo suyo en este país sobrepoblado. Los campesinos mantienen una encarnizada lucha por las tierras; éstas son causa de envidia, odio, enemistad. Ante este trasfondo siempre resulta fácil fusti-

gar y decir: “No tienes nada que comer porque tu vecino tutsi se ha apoderado de tu campo”, o “cuando vuelvan los tutsis, te quitarán tu tierra”. Con ayuda de slogans como éstos ha sido posible evacuar a gran parte de la población rural.

### **Explotación de las supersticiones**

En las capas del inconsciente africano hay visiones, historias, ideas recurrentes. Muchas personas se sienten constantemente amenazadas por algo, incapaces de ejercer control sobre su entorno. Se explota permanentemente el concepto del enemigo para interpretar el destino. Me refiero a las personas sencillas, sin educación. Abundan las supersticiones, igual que en la sociedad medieval europea, donde se perseguía a las brujas. Toda sociedad tradicional está llena de supersticiones, porque el hombre vive conectado y dependiente de la naturaleza. Teme al trueno y cree que todo es parte del alma. No resulta difícil hacer creer a estas personas que son víctimas de fuerzas sobrenaturales, contra las que hay que luchar. Se advierte una permanente presencia de poderes ajenos y uno se siente constantemente amenazado por el hecho de ser incapaz de controlar su entorno. Lo esencial, sin embargo, es la falta de educación. Resulta fácil sugerir algo a estos analfabetos sin conocimientos, causarles pánico e inducirles a seguir señales falsas. Hay gobernantes que se aprovechan de esta mentalidad. En Ruanda se explotó precisamente ese sustrato de superstición. Un sofisticado conocimiento de sicotécnicas entró en juego al producirse una histeria masiva.

Cabe recordar, sin embargo, que la guerra civil en Ruanda lleva treinta años, habiéndose acumulado ya una larga experiencia histórica en cada persona: murieron la madre, la abuela..., para cada uno significa toda una cadena histórica de acontecimientos crueles.

La irrupción de violencia en Ruanda es producto de una prolongada crisis social, política y mental, de una acumulación de odio durante treinta años, por generaciones. En cada pueblo se sabe quiénes murieron, aun siendo familias enormes, ampliamente ramificadas. Cada uno tiene excelente conocimiento de su familia y dispone, por tanto, de un extenso tablero de memoria de todos los que son sus muertos. Esto constituye un trasfondo por completo distinto al de Europa. Este estallido de violencia, que ha tenido lugar cada cinco a seis años, viene a aliviar en cierta forma el odio acumulado. Luego vuelven a pasar cinco años tranquilos sin que pase nada.

## Monotonía y violencia

Hay que imaginar también el infinito tedio que acarrea allí la vida. Se vive en un lugar inmensamente desértico, con ese calor africano, hay poco de comer, en la noche hace frío, no se posee más que una camisa, no se tiene un lugar apropiado para dormir, se consigue un poco de mijo o arroz, a veces un huevo, en ocasiones un trozo de plátano. Es una vida angustiante-mente monótona. El horizonte de vida es muy limitado en estas típicas aldeas de las apartadas regiones montañosas de Ruanda; a veces apenas llega hasta la próxima aldea. En el mundo no existen más que hutus y tutsis. Y de vez en cuando hay que desahogarse.

Lo que siempre me ha pasmado en esta sociedad es la posibilidad de una repentina irrupción de violencia. Por lo general se trata de pueblos muy agradables, pacíficos. Se vive en forma muy tranquila, la gente es deferente, hospitalaria, dispuesta a ayudar. Sin embargo, uno puede estar sentado conversando con otra persona y de un instante a otro, en forma inesperada, puede cambiar drásticamente el ambiente psicológico: el que está al frente, de pronto, es presa de ciertos poderes ajenos que no puede identificar. Ya no se sabe qué ocurre con él, de súbito se vuelve vil y pierde por completo el control. En una situación tal lo mejor es escapar de inmediato, porque no se puede contar ya con ninguna reacción racional. La cerveza de plátano es parte de la alimentación básica y al beberla uno se vuelve levemente histérico, agresivo. En situaciones grupales esto puede ser en extremo peligroso.

Estos componentes psíquicos forman parte de la tradición africana y representan un potencial político. Desde el punto de vista del poder político, se trata de aprovechar o no estas estructuras, lo que cae en el plano de la decisión política. En una serie de países africanos el gobierno da prueba de su poder precisamente no recurriendo al asesinato de seres humanos. En Tanzania el gobierno no ha mandado matar a ninguna persona, optó por no usar esas estructuras mentales; en Ruanda, en cambio, han sido instrumentalizadas.

## La vida y la muerte

A los europeos nos cuesta entender la relación que se establece en África entre la vida y la muerte. Allí la vida no vale nada. No significa gran cosa matar a alguien. No es infrecuente hacerlo. He estado muchas veces en frentes africanos, con soldados que sabían que les iban a matar, pero a nadie se le ocurría pensar en ello. “¿Dónde está? Ah, le acaban de pegar un tiro”, y ya está olvidado. “Si muero no pasa nada.”

La vida es durísima y la mortandad, muy alta. La mitad de los niños mueren en los primeros años de vida, de malaria, tuberculosis, sida, enfermedades intestinales. La muerte y la vida conviven en una amalgama inextricable; todos están familiarizados con la muerte y ésta no constituye un problema cultural importante. Si le preguntamos a una madre africana de cuarenta años cuántos hijos ha tenido, nos responderá tranquilamente: “He tenido quince hijos, siete murieron siendo niños, a dos seguramente los han matado, y el resto no sé dónde está”.

En el transcurso de la guerra civil angoleña, caravanas enteras de refugiados cruzaban las calles y muchos de ellos caían muertos allí mismo. Los echaban a un lado y seguían caminando. Con las temperaturas tropicales y bajo ese sol, los cadáveres se hinchan rápidamente. Pero durante las lluvias, a los pocos días se aplanan de tal forma que parecen esterillas, de forma que al final sólo se distinguen sus contornos. Casi se funden con el suelo y vemos que nadie se ha preocupado de enterrarles. Una vez muertos, los dejan ahí, nadie les presta la menor atención. No debemos aplicar a la mentalidad africana los valores que se atribuyen en Europa a la vida y la muerte; cuando uno se limita a interpretar los fenómenos de una cultura con los valores de otra, todo resulta demasiado superficial, y éste es un error que los europeos cometemos constantemente.

### **Ancianos y cabecillas**

En esta masacre hubo otro factor decisivo. En las sociedades africanas existe un sentido mucho más acusado de la autoridad que en Europa. El cabecilla de un pueblo lo es realmente, es un gobernante. El anciano es en verdad el mayor y se le trata con enorme respeto. La edad constituye una categoría que en Europa ya se ha olvidado, pero en las sociedades africanas el más anciano es un rey, un dios. Un día llegué en avión a Somalia, a una región donde las personas llevaban mucho tiempo pasando hambre. Habíamos cargado maíz para los hambrientos. Aterrizamos en un pueblito y, de pronto, una masa incontrolada surgió de todas partes avanzando hacia el avión para apoderarse del maíz. Hubo un tumulto, pensé que asaltarían la nave. En ese instante aparecieron unos ancianos. Llevaban largos bastones pero no hacían nada con ellos, sencillamente caminaban. La masa desatada de hambrientos salió corriendo. Esto es la disciplina africana en su vertiente más elemental.

En la sociedad tradicional ruandesa de la época colonial había tres tipos de cabecillas. En primer lugar, el jefe de los rebaños de una determina-

da región; luego, el jefe de una colina —cada clan vivía en una colina—, y el jefe de la administración. A partir de la rivalidad de los diversos jefes se creó, mediante un acuerdo, una administración estable para todas las regiones, que a su vez coincidía con los espacios vitales propios de los diferentes clanes.

La elección de los cabecillas de pueblos y regiones en este Estado unipartidista se hizo a través del presidente y los canales propios del partido, mediante la distinción de los ancianos, el nombramiento, la cooptación. Por lo general, la sociedad africana es muy obediente y estos nombramientos fueron aceptados sin objeción alguna.

Imaginemos un pueblo cuyo cabecilla hubiera sido nombrado por el gobierno. Este líder, así, se convertía en cierto modo en rey, lo era todo para el pueblo. Al mismo tiempo era miembro del clan de Habyarimana. Cuando comenzó la masacre, recibió la orden de matar y la transmitió: “¡Mátenlos!” La gente le siguió sin pestañear, sin dudarle un instante. Y empezaron a matar. Este rasgo es particularmente acusado en la sociedad africana: los cabecillas son jefes absolutos y las personas que asesinan a otros les transfieren a ellos la responsabilidad moral del acto. Si alguien les preguntara: “¿Por qué has matado a esta persona?”, responderían: “El jefe lo ha ordenado”. Ellos se sienten exentos de toda responsabilidad, no hacen sino cumplir órdenes.

### **La estrategia del retorno**

La estrategia seguida por las tropas afectas al último gobierno ruandés era adentrarse de nuevo en Ruanda desde Zaire. Permanecieron cerca de la frontera y empezaron a reorganizarse. El ejército entero, 30 mil hombres aparte de las milicias, ha estado preparándose. Su plan es escudarse en los refugiados. Quieren poner a caminar en columnas a los niños y a las mujeres y marchar detrás de ellos. Cuando el enemigo empiece a disparar, morirán niños y mujeres y entonces los dirigentes del antiguo clan dominante apelarán a la comunidad internacional diciendo: “¡Miren cómo matan los tutsis a los niños y a las mujeres!” Esta táctica es algo evidente, de hecho ya la han puesto en práctica. El ejército se entrena en campamentos y en los campos de refugiados están reorganizando el viejo sistema que imperaba en los pueblos y entre cabecillas. La masa de gente que reside en estos campos está muy bien organizada y dividida según su lugar de origen, y esto por orden del antiguo gobierno de Habyarimana. Todos están allí: los ministros, los jefes de policía, los funcionarios.

Estas personas, concentradas en campamentos en Goma y que han dado muerte a otros, no tienen la menor capacidad de reflexión; piensan que matar es natural y no tienen nada que decir al respecto. Al hablar con ellos se nota que no tienen la menor cultura. Comen miijo diariamente y matan. Son útiles. Cuando uno observa a todas estas personas que han matado a otras, no es difícil deprimirse pensando en la condición humana.

### **Organizaciones de ayuda a los refugiados**

Los refugiados de Ruanda sólo tienen este país. Algunos podrían, desde luego, quedarse en otro lugar, si hubieran disfrutado de un mínimo de formación, pero la mayoría de ellos carecen de preparación. Sencillamente se quedan donde están, mantenidos por las organizaciones internacionales de ayuda. ¿Qué es lo que han hecho en realidad estas organizaciones? Han levantado campamentos por todo África, campamentos llenos de desarraigados. Los refugiados lo han abandonado todo, sus pueblos han sido destruidos, viven sin campos, sin animales, sin rebaños. Los campamentos suelen erigirse, por razones técnicas, en los alrededores de alguna ciudad, pero casi siempre se instalan en suelos devastados, en desiertos o territorios baldíos. Los refugiados viven allí exclusivamente de la ración que reciben de las organizaciones, por lo general medio kilo de grano y tres litros de agua al día. Un horror, pero eso es todo lo que tienen. Si no se les alimenta, mueren. No tienen a dónde ir. Y, aunque sean nómadas, no poseen cabras, ni vacas, ni camellos; si abandonan el campamento, mueren al día siguiente. No trabajan, no tienen campos que cultivar, no hay talleres, no hay escuelas; se trata de una situación de supervivencia puramente biológica. Así, a través del continente se ha creado una clase social que carece de toda perspectiva para disfrutar de un futuro humano y que deberá ser alimentada por las agencias internacionales hasta el fin de sus días.

El problema con las agencias de refugiados y con las organizaciones internacionales de ayuda es que éstas permanecen de todos modos. Tienen futuro para otros cien años. No hay nada más seguro que un trabajo en una de esas entidades. Un amigo que trabaja en una organización alemana de ayuda en Ruanda contaba cómo compiten entre ellas. Lo mismo ocurría en Etiopía. Las organizaciones de ayuda han llegado a ser un enorme negocio internacional, una rama industrial de la que vive toda una clase burocrática. Naturalmente el idealismo también juega un papel porque los médicos y ayudantes a menudo arriesgan su vida en ello, pero en el fondo trabaja una gigantesca maquinaria internacional en un negocio increíblemente lucrati-



vo. Hace poco tiempo fue publicado el libro *The Lords of Poverty*, de Graham Hancock, quien ha investigado durante años la corrupción en torno al lucrativo negocio con los refugiados. Esas organizaciones compiten por ese lucro.

Una alternativa sería aprovechar los recursos que se gastan en alimentar a una masa condenada a la pasividad, para cultivar la tierra, introducir la agricultura, organizar el aprovisionamiento de agua y permitir que estas personas vuelvan a trabajar. El número de refugiados en el continente aumenta constantemente. La respuesta adecuada serían organizaciones que además de repartir alimentos como ayuda inmediata, construyeran nuevas estructuras. Pero nadie en el mundo está abocado a darle una solución a este problema, ni siquiera se reflexiona al respecto. Todos quedan horrorizados, nadie conoce los verdaderos entresijos, nadie sabe qué hacer, pues no existe un precedente histórico. Mañana estallará allí otra guerra y pasado mañana en otro lugar, y los sociólogos saben que la mayoría de la población no combate, sino que trata de huir, de forma que se crearán nuevos campos de refugiados y volverán a aterrizar aviones con más comida. Pero estos campamentos no son la solución. Podrían crearse proyectos de trabajo, porque a veces esta pobre gente huye de la sequía y a menudo la guerra que les ha ahuyentado ya ha concluido. Pero se quedan en los campamentos porque no saben a dónde ir. Y se quedan con su medio kilo de maíz y tres litros diarios de agua, desarraigados, desclasados, sin esperanza. Entre tanto, las agencias internacionales se preparan para la próxima oleada de refugiados en cualquier parte del mundo.

### Impresiones del FPR

Puedo hablar sólo de mis experiencias personales. He conversado con dirigentes del FPR y lo que me ha dejado perplejo es cuántas personas inteligentes hay entre ellos. Observé una gran disciplina en el frente, los jefes tienen un alto nivel ético. En los territorios liberados, por ejemplo, otorgaban nuevas cédulas de identidad; en estas nuevas cédulas por primera vez se anulaban todas las calificaciones étnicas. Antes cada pasaporte llevaba una observación: “Hutu” o “Tutsi”, hoy solamente “Citizen of Ruanda”. Me encontré con un grupo de veinte jefes del FPR, y sólo tres de ellos eran tutsis. Hablar del FPR como de un ejército tutsi es absolutamente equivocado.

En el caso de los militantes del FPR, no son del tipo de personas que busquen el enriquecimiento personal. Ellos provienen de campamentos de refugiados, llevan sólo tres años luchando y dan la impresión de ser muy

honestos. En muchos países africanos existe la corrupción pero no todas las personas o gobiernos en África son corruptos. El primer ministro de Tanzania, Nyerere, era muy correcto, también el actual presidente de Etiopía, Meles Zenawi, es de una gran rectitud. Y en Eritrea los representantes del gobierno son gente sencilla, sin pretensiones, que llevan una vida común y corriente y no se ve allí el afán de enriquecimiento personal.

¿Qué puede pasar ahora? En realidad, no hay solución. En África los conflictos siempre duran mucho, mucho tiempo. La guerra en Eritrea duró más de treinta años; la de Chad, más de veinte. Una vez que estalla un conflicto bélico en África, éste se prolonga en exceso y resulta casi imposible ponerle término. Están en juego demasiados intereses, la guerra es lucrativa para los proveedores de armas y para los ejércitos. Estas huestes están compuestas por hombres jóvenes que sin combatir no tendrían trabajo; por eso quieren el ejército, quieren luchar. Para los jóvenes soldados la guerra significa una especie de “highlife”: pueden matar, llenarse la panza, violar, pueden hacerlo todo porque tienen un arma. Si se les quita el arma, no son nada. Éste es el drama de África.

### **¿Olvidar a África?**

En general, el interés de los países desarrollados por el tercer mundo es hoy escaso. En los años 60 Occidente temía al tercer mundo y muchas tensiones tenían allí su origen. Hoy en día Occidente lo divide en diferentes zonas; por un lado están las de crecimiento estable, con lucrativas inversiones y floreciente comercio, que reciben apoyo, como el sudeste de Asia y la zona del Pacífico; por otro lado, África parece condenada a seguir siendo un gran problema y pasa a segundo plano.

Con el fin de la guerra fría termina también un período moderno del África, y con ello igualmente el predominio de los regímenes de partido único dictatoriales y violentos, como el de Mengistus en Etiopía. En la actualidad se está pasando por una fase de transición con diversos procesos de adaptación, reorientaciones, una búsqueda de nuevas soluciones y modelos. En general, sin embargo, crece el desinterés de Occidente, ya que con África se asocia, sobre todo, un gran problema. Reina la desilusión en lo que concierne al beneficio de la ayuda y es de conocimiento general que el compromiso con África requiere de enormes recursos, pero éstos no están disponibles. Inconscientemente se preferiría olvidar al continente africano, lo cual está muy relacionado con el hecho de que se culpe de todo a África como tal. Cometemos el error de percibir a África como objeto, no como

sujeto, como entidad cultural, geográfica y política independiente, si bien muy débil.

### **La responsabilidad de los africanos**

Mucho de lo que ocurre en África es condenable. También el escandaloso comportamiento de los intelectuales africanos, que destacan por una evidente falta de sentido patriótico y conciencia ciudadana. He dedicado cuarenta años de mi vida a África y he muerto varias veces en este continente y creo que tengo derecho a decirlo. Un amigo me envió hace poco desde Londres una revista de intelectuales somalíes. De los diecisiete autores somalíes que escriben en esa revista, quince viven en el extranjero. Su país, su nación, atraviesa una de las crisis más agudas de la historia y los intelectuales más destacados viven casi todos en el extranjero, en Harvard, Londres, Estocolmo, París, donde naturalmente llevan una vida más agradable que en Addis Abeba o Mogadiscio. En África no se les encuentra; las universidades están vacías. Me parece una actitud muy egoísta. ¿Cómo van a funcionar estas naciones si los intelectuales viven fuera?

Otro ejemplo es el Congreso de Intelectuales celebrado en Conakry en julio de 1994, convocado por el presidente guineano, Lasana Conté. También me invitaron. Pero en el último momento anularon el congreso, porque ciertos intelectuales se negaban a aprobar varios puntos del orden del día; y eso mientras se perpetraban en Ruanda las matanzas más atroces.

Cuando un intelectual es perseguido en su país, no se marcha a otro país africano democrático, sino que se exilia en París. A menudo son las mismas personas que se dedican a acusar a todo el mundo de racista, imperialista y colonialista, lo que debe resultarles fácil. África tiene cientos de escritores, poetas, dramaturgos, científicos y sociólogos. Nadie ha alzado la voz en el caso de Ruanda.

La comunidad internacional debe admitir, desde luego, su responsabilidad por lo que ocurre en África, pero sin exagerar sus proporciones. Se trata también, ante todo, de la responsabilidad de los propios africanos. Hay mucho que condenar en África. Por ejemplo, la Organización para la Unidad Africana (OUA), una poderosa entidad dotada de fuerzas militares, dinero y estructuras administrativas. Las tropas de la OUA estuvieron estacionadas en Ruanda durante tres meses, y en esos meses ocurrieron las matanzas más espantosas. ¿Dónde estaba la OUA? También es culpable. Ante este trasfondo no deberíamos sentirnos demasiado culpables. Mientras los africanos no desarrollen una conciencia cultural y continental, la situación no cambiará.

La crisis ruandesa no afecta únicamente a Ruanda. Es una crisis de la conciencia africana en general, una crisis de los Estados africanos y de la cultura africana. No debemos considerar el caso ruandés aisladamente, ni pensar que se circunscribe a doscientos o a mil locos que van de casa en casa asesinando. Eso sería demasiado fácil. Se trata de la cultura de 700 millones de africanos.

Conozco a un hombre que vive en Etiopía. Tiene un palacio inmenso allí, y otro en Roma, y un apartamento en Manhattan —no le gusta vivir en hoteles—, conduce coches lujosísimos con aire acondicionado; cada día ve morir de hambre a la gente en las calles y pasa de largo. Sus hermanos y hermanas murieron en Ruanda.

También él representa a África. □